

Psicoanálisis: de la lógica del no todo a entre-cruzamiento de discursos

Guadalupe Iglesias Correa

Trabajo presentado en las Pre – Jornadas “Desafíos y posibilidades de la praxis psicoanalítica” Trieb Institución Psicoanalítica. 13 y 14 de Noviembre 2020

“El Psicoanálisis no es para todos y no tiene lugar en todos lados,
pero en todos lados puede recordar que el sujeto surge de la palabra” Eric.
Laurent

Diversos interrogantes han atravesado mi práctica clínica en los diferentes momentos, pero hace unos años que mis estudios y mis preguntas se dirigen a si el Psicoanálisis (y los psicoanalistas) tiene algo para decir respecto de la subjetividad de la época y si le interesa la experiencia colectiva.

En este escrito intentaré transmitirles un testimonio de mi práctica institucional al interior de la Salud Pública, ámbito definido como “esencial” en el mundo entero debido al inicio de una Pandemia, un virus invisible que amenaza nuestra humanidad y la conmueve.

A partir del 19 de Marzo de 2020 y como consecuencia del decreto que disponía el ASPO, la vida y la cotidianidad de las personas se ha visto (en mayor o menor medida) impactadas. A medida que este “acontecimiento” irrumpe, se escucha la insistencia de significantes que se vuelven amos del sentido de la época. “Coronavirus”, “aislamiento social”, “cuidado”, y específicamente “héroes” o “esenciales” son los significantes con los que no solo se nombra a los equipos de la salud, sino desde los cuales se imponen ciertos mandatos e ideales.

Mientras las rutinas estallaban en sus formas habituales y conocidas, se ofrecían a los equipos de salud “protocolos”, “restricciones”, “información” que lejos de anular la confusión y/o la incertidumbre disparaban múltiples reacciones en los sujetos que irían desde la angustia, la tristeza, la desesperación, el enojo, la huida, el acting out hasta el delirio. Los cuerpos, como lo enseña Lacan, son atrapados por los discursos en tanto todo discurso es un vínculo social que se funda en la intersubjetividad. Como “estar analista” entonces en las estructuras colectivas en donde el psicoanálisis es convocado, pero no demandado como tal? Como instalar ahí la función del analista en tanto que permita convertir este espacio que comparten los cuerpos, los individuos, las personas, en un espacio de palabra, en un espacio de sujeto?

Advertida de que finalmente los problemas clínicos son siempre problemas éticos, me dispuse entonces a reconocer y a alojar el malestar partiendo de la premisa ética de que el sujeto es sujeto del Inconsciente y del deseo, pero también es un sujeto social y político capaz de involucrarse en su propia historia y la de la comunidad a la que pertenece.

Se inaugura así una experiencia grupal, un espacio y un tiempo íntimo que habilitó la producción de subjetividad y propició la entrada de esos significantes en una cadena de equívocos, de manera que puedan dejar de ser la verdad que nombren nuestro ser.

Que significaba para cada uno el “aislamiento”? En las asociaciones se deslizaban referencias relacionadas con el *espacio* entre los cuerpos: “es como si todo se hubiera vuelto para adentro”, “ya no tenemos intimidad, los mensajes llegan a toda hora”. Se desdibuja así el interior del exterior, perdiéndose los límites que ordenaban lo público de lo íntimo, el adentro del afuera, la casa del trabajo. Lo interior puede resultar agobiante, sin espacio y sin tiempo que habilite la dimensión del encuentro; o aun cuando estando con otros, el sujeto se ve invadido por una profunda soledad. Junto a la cuestión del espacio, surge también lo del *tiempo*: “Ahora tengo mucho tiempo en casa”, “todos los días son iguales, parece que no hay fines de semana”, “me doy cuenta que son las once de la noche y sigo trabajando”, “me demoro más para hacer las cosas”. ¿Tenemos *tiempo* o somos tomados por el tiempo?” intervención que subvierte el sentido y hace emerger un tiempo subjetivo, también colectivo, extrañamente familiar, que no puede ser representado, ni nombrado, ni contabilizado, convirtiéndose así en un presente continuo. Las rutinas, hasta hace poco, hacían que el tiempo parezca manejable. La ficción común de “tener tiempo” y usarlo, perderlo, apurarlo se desvanece frente a un tiempo que “nos tiene”... detenidos a la espera de una solución para lo que acecha. El sentido amo del tiempo, aparece desde las coordenadas del capitalismo: el tiempo es para producir en términos del ideal de acumulación. Pero que sucede si las formas de producción conocidas se han desenlazado del espacio y del tiempo? Para que quiere cada quien tener tiempo?

El poco sentido al que nos aferrábamos para perdurar es arrasado por el despunte de lo real. La solución pragmática se ofrece desde el discurso de la tecno – ciencia como “saber especializado”. Así los sujetos son invadidos por horas y espacios interminables de información que resultan agobiantes y excesivos, una “infodemia” que no resuelve el problema de la verdad.

El desvalimiento se convierte en un llamado y aparece como apelación a la consistencia del Otro, al UNO: “Ya sé que no va a venir el Mesías, pero que alguien que sepa se haga cargo”, “que nos digan lo que tenemos que hacer”,

resguardo narcisista en la ilusión de un padre/jefe/héroe amoroso y justo que sabe y puede anular la incertidumbre. Y si nadie sabe? y si nadie tiene todas las respuestas? Intervención que advierte que el malestar es ineliminable en tanto es imposible suprimir sus fuentes (la naturaleza - virus, el deterioro - enfermedad del cuerpo, el lazo con otros). Intervención que impacta también en el ideal totalizante de la felicidad, alimentado por ciertos discursos circulantes que empujan a la omnipotencia o a la impotencia. Aceptar la falta de garantías en el Otro, impulsa a trabajar con los malestares que emergen en el día a día, a inventarnos maneras de lidiar con ellos desde lo que cada uno, en una construcción colectiva, puede aportar desde su singularidad. Se ponen a andar así, nuevas ficciones que convierten ese interior/exterior en un lugar más habitable. Se inaugura un “club de lectura”. Un espacio/tiempo que es administrado singularmente por cada una de las personas que participan del club, con un elemento compartido: un libro que es “donado” alternadamente por sus miembros. Y un “encuentro” para poner en “común” la experiencia de esa lectura. J. Aleman dice al respecto que el arte, el amor y la amistad es hacer algo con el vacío, permiten afrontarlo y sobrellevarlo de la manera más digna posible.

El significante “héroe” en cambio, fue trabajado frente a pedidos y solicitudes ilimitados, excesos de poder y abusos no ya como goce fantasmático de un Otro que no existe, sino encarnados en representantes del “sistema de salud”. “Hay que estar listos y preparados”, “Estudiamos para esto”. A riesgo de ocupar un lugar de servidumbre, el sujeto se ofrece por la vía sacrificial al círculo de demanda y satisfacción imparables que rechaza lo imposible. Intervengo preguntando ¿Estudiamos para héroes o para trabajar? ¿Se puede estar “siempre” listos?” ¿Los héroes se mueren? Intervenciones que apuntan a que el sujeto cuente con un margen de elección respecto de lo que le antecede. Interrogantes que recuerdan lo imposible y que acotan las derivas mortíferas del Ideal, que permiten otros modos de leer y de nombrar (se).

Es la lógica del no-todo, en tanto propia del discurso analítico, la que permitió suspender la precipitación hacia lo que ordena la lógica del todo con sus encargos e ideales. Así, y como efecto se podrá ir señalando en acto que no se es un héroe ilimitado y sacrificial, ni se es un desertor indolente o indiferente, que cada uno (desde su diferencia) tiene en tanto “trabajador” algo que transmitir/aportar y que “eso” es una decisión. El no-todo, emergiendo en el giro entre discursos, permite conmover la fijeza de las significaciones y de los lazos ahí donde las funciones están obstaculizadas. Será entonces por la vía de la castración y el amor que se podrá hacer algo posible frente a una tarea imposible.

Para finalizar este recorte, quisiera compartir con uds. algunas reflexiones de Eric Laurent en su libro “El analista ciudadano”. Cuestionando la figura del analista que

se mantiene en su lugar tranquilo y desde ahí se dedica a producir vacío, Laurent sostiene: “los analistas tienen que pasar de la posición del analista como especialista de la desidentificación a la del analista ciudadano (...) Hay que pasar del analista encerrado en su reserva, crítico, a un analista que participa, un analista sensible a las formas de segregación, un analista capaz de entender cuál fue su función, y cuál le corresponde ahora”. Será entonces, a partir del modo que interpretamos la época, sus contextos y discursos que podremos ajustar el lugar y la posición más conveniente para el analista en el siglo XXI.